

UN PUEBLO CON NECESIDAD DE LIDERAZGO

La presión que Israel ejerce sobre los palestinos se disparó aún más en los días que siguieron a los lamentables acontecimientos del 11 de septiembre. Se lanzaron ataques antes del amanecer en las ciudades de Jenin, Jericó y Ramala en Cisjordania que destruyeron puestos de seguridad, edificios gubernamentales y viviendas de familias. En el distrito Beituniya en Ramala, las granadas alcanzaron a una cafetería, a una mezquita y a una guardería, todos ellos «daños colaterales» aceptables, apenas dignos de mención en los medios de comunicación occidentales. Después de todo, esta agresión israelí ha sido la norma prácticamente durante los últimos dos años. Más de 600 palestinos han sido asesinados desde que comenzara la Intifada Al-Aqsa, un número que supera en cuatro veces a las bajas israelíes; y 15.000 han resultado heridos, doce veces más a los que se han producido en el otro bando. Los asesinatos regulares perpetrados por el Ejército de Israel han acabado a voluntad uno a uno con supuestos terroristas, matando las más de las veces como a moscas a muchos inocentes. En el mes de agosto, catorce palestinos fueron abiertamente asesinados por tropas israelíes que emplearon helicópteros con artillería y misiles, para «prevenir», de este modo, que asesinaran a personas israelíes, aunque dos niños y cinco peatones fueran igualmente sacrificados en la operación, por no decir nada del gran número de civiles que resultaron heridos.

Israel, equipado con lo último en cazabombarderos, helicópteros de artillería, incontables tanques y misiles, una flota espléndida y un servicio de inteligencia moderno, todo ello de donación estadounidense, y sin contar sus propias armas nucleares, ha venido pulverizando a un pueblo desposeído, sin tanques o artillería, sin fuerzas aéreas –su propio patético campo de aviación en Gaza se halla bajo control israelí–, sin fuerzas armadas o navales, y sin ninguna de las instituciones que proporcionan protección en un Estado moderno. El cruel confinamiento por parte de Israel de 1,3 millones de personas en la Franja de Gaza, agolpadas como una masa de sardinas humanas dentro de un diminuto territorio cercado mediante una verja electrificada, y de cerca de dos millones en Cisjordania –con un control de todas las entradas y salidas por parte del Ejército de

Israel— tiene poco a qué compararse en los anales de colonialismo. Incluso bajo el *apartheid*, los cazas F-16 no bombardearon, a diferencia de lo que sucede con las ciudades y los pueblos palestinos, los territorios donde estaba confinada la población negra.

Tras este despiadado linchamiento reside una lógica que viene de antiguo. La destrucción de la sociedad palestina, que comenzó en 1948 con la expulsión del 68 por 100 de los habitantes nativos —de los cuales 4,5 millones continúan hoy en día siendo refugiados—, ha continuado durante los treinta y cuatro años de ocupación que comenzara en 1967. Décadas de presión diaria sobre un pueblo cuya maldición principal consiste en habitar en este territorio, interponiéndose así en el camino de Israel, han hecho que la vida resulte imposible para muchos palestinos que se han visto forzados a renunciar a cualquier forma de resistencia, o a irse, tal y como han hecho 150.000 personas que durante el año pasado se desplazaron en dirección a Jordania. Los dirigentes de las comunidades han sido encarcelados y deportados por el régimen de ocupación, los pequeños negocios paralizados por la confiscación, las granjas destruidas, las universidades clausuradas y los estudiantes expulsados de las aulas. Ningún agricultor o empresario palestino puede exportar sus productos directamente a un país árabe, éstos han de pasar necesariamente a través de Israel, al igual que sucede con los impuestos, que también son pagados a Israel. En una palabra, el objetivo ha sido, tal y como lo ha caracterizado la investigadora estadounidense Sara Roy, el de hundir a la sociedad palestina.

Hoy en día, divididos en 63 cantones discontinuos salpicados por 140 asentamientos judíos que cuentan con su propia red de carreteras prohibidas a los árabes, los palestinos han quedado reducidos al desempleo masivo —el 60 por 100 carece de empleo— y a la penuria. La mitad de la población de Gaza y Cisjordania vive con menos de 2 dólares diarios. No pueden viajar libremente de un lugar a otro próximo situado dentro de los territorios ocupados, sino debiendo aguantar largas colas en los puestos de control israelíes, donde se retiene y humilla de forma habitual a personas mayores, enfermas, estudiantes y clérigos uno tras otro durante horas. Cerca de 150.000 olivos y limoneros propios han sido arrancados intencionadamente; 2.000 viviendas han sido destruidas; grandes franjas de tierra de cultivo han sido o bien expropiadas para el asentamiento de más colonos —en la actualidad existen unos 400.000— o destruidas con fines militares.

En cuanto al «proceso de paz» de Oslo iniciado en 1993, éste ha desembocado en una reconfiguración de la ocupación, ofreciendo un simbólico 18 por 100 de las tierras ocupadas por Israel en la guerra de 1967 a la corrupta autoridad de Arafat, tan similar al régimen de Vichy, cuyo mandato ha consistido fundamentalmente en controlar e imponer impuestos a su propia gente en beneficio de Israel. Tras ocho lamentables e infructuosos años de más «negociaciones», orquestadas por un equipo de fun-

cionarios estadounidenses entre los que se cuentan antiguos miembros del grupo de presión israelí como Martin Indyck y Dennis Ross, se han infligido a los palestinos más abusos, más asentamientos, más encarcelamientos, y más sufrimiento, incluido, desde agosto del 2001, un Jerusalén Este «judaizado», con una Casa de Oriente tomada, al igual que su contenido: archivos de un valor inestimable, escrituras de tierras y mapas que Israel sencillamente ha robado, tal y como hizo en 1982 con los archivos de la OLP en Beirut. Este ha sido el balance hasta la visita gratuitamente arrogante de Ariel Sharon, rodeado de 1.000 soldados y escoltas suministrados por Ehud Barak, a Haram Al-Sharif en Jerusalén el 28 de septiembre de 2000; una acción unánimemente condenada incluso por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. En pocas horas, como hubiera predicho el niño más simple, estalló la rebelión anticolonial con el resultado de ocho palestinos asesinados por disparos como primeras víctimas.

La «moderación» de Sharon

Pocos meses después, Sharon era propulsado al poder fundamentalmente por «sojuzgar» a los palestinos, por enseñarles una lección, por desembarazarse de ellos. Su historial como asesino de árabes se remonta a 30 años atrás, antes de que se produjeran las masacres de Sabra y Shatila, supervisadas por las fuerzas a su cargo en 1982, y por las que ahora ha sido encausado por un tribunal belga. Sin embargo, Sharon no es en absoluto tonto. Con cada acto de resistencia palestino, sus fuerzas dan una vuelta de tuerca más, ajustando el cerco, tomando más tierras, obstaculizando más recursos, lanzando incursiones más profundas en ciudades como Jenin y Ramala, haciendo la vida más intolerable a las víctimas de la ocupación, al tiempo que con cada giro de tuerca, su maquinaria propagandística expone cómo Israel está simplemente «defendiéndose», y «asegurando» las áreas de «control reestablecido», con el único fin de «prevenir el terrorismo». Sharon y sus secuaces llegan incluso a atacar a Arafat acusándole de «terrorista encubierto», aunque no puede literalmente mover un solo dedo sin el permiso de Israel en la misma frase en la que afirman que «nosotros» no tenemos ninguna disputa con el pueblo palestino. ¡Qué gran bendición para este pueblo! Con una moderación semejante, ¿quién necesita una invasión a gran escala, cuidadosamente extendida en forma de rumor con el fin de intimidar a los palestinos?

En Estados Unidos, donde se encuentra la principal base política de Israel y desde donde éste ha recibido 92 billones de dólares de ayuda desde 1967, las víctimas palestinas continúan careciendo de nombre y de rostro, apenas suscitando una mención en los programas de noticias nacionales. La cuestión cambia cuando se trata de muertes israelíes. El terrible coste humano de los atentados suicidas en Haifa o Jerusalén rápidamente sienta las bases del marco explicativo comúnmente utilizado. Arafat no ha hecho lo suficiente para controlar a sus terroristas; su odio amenaza con «producirnos» un daño incalculable a nosotros y a nuestro más firme aliado;

Israel debe defender firmemente su seguridad. Observadores juiciosos añadirán: esta gente ha estado luchando incansablemente durante miles de años; se ha producido demasiado sufrimiento en ambas partes, y la violencia debe tocar a su fin; ahora bien, el modo en el que los palestinos mandan a sus niños a la batalla constituye un signo más de lo mucho que debe aguantar Israel. Así, pues, exasperado aunque todavía moderado, Israel invadió la ciudad no fortificada de Jenin con bulldozers y tanques. En Estados Unidos, Israel ha ganado la guerra de relaciones públicas con diferencia, hasta tal punto que pudiera parecer que casi no haría falta invertir varios millones de dólares más en la campaña mediática para emplear a «estrellas» tales como Zubin Mehta, Itzhak Perlman y Amos Oz con el fin de mejorar aún más su imagen.

Un debate clave en la televisión estadounidense entre el ministro de la Autoridad Palestina Nabil Shaath y el nuevo dirigente laborista Avraham Burg, portavoz de la *Kneset*, confirmó este patrón, y demostró, todavía una vez más, la incapacidad de la Autoridad y sus portavoces para hablar en nombre del pueblo palestino. Burg pudo simuladamente enunciar una falsedad descarada tras otra: que Israel siempre ha querido la paz; que Israel está luchando por mantener la calma mientras los terroristas palestinos –alentados por la Autoridad y por Arafat, que controla todo– amenazan a los niños israelíes con ser brutalmente asesinados; que él, como demócrata y amante de la paz, se sentía preocupado ante la inexistencia de auténticos campamentos de paz palestinos; que la única diferencia entre él y Shaath era que él, Burg, era capaz de ejercer una influencia moderada sobre Sharon mientras Shaath no podía ejercerla sobre Arafat. Todo ello para llegar, en el más puro estilo propagandístico –una mentira será creída tras ser suficientemente repetida–, a que es Israel la víctima de los palestinos. Shaath sólo pudo responder a este fárrago de mentiras con un servilismo llorón, repitiendo sin más que los palestinos también quieren la paz, que añoran la vuelta a Oslo, que están tratando de ser moderados, y que consideran el AIPAC propugnado en el Informe Mitchell (cuyos autores principales, Warren Rudman y el propio Mitchell, se hallaban entre los miembros mejor pagados del grupo de presión israelí durante su carrera en el Senado) como un texto sagrado.

Si tenemos en cuenta esta preciosa oportunidad de tratar con un gángster mojigato como Burg, ¿por qué portavoces tales como Shaath, Abeb Rabbo, Erekat, Ashrawi u otros no son capaces sencillamente de recordarle que Israel está dando diariamente rienda suelta a crímenes de guerra? ¿De señalar el hecho de que literalmente millones de personas se ven impedidas para viajar, comprar alimentos y obtener asistencia sanitaria? ¿De que cientos de personas han sido asesinadas, miles de viviendas arrasadas, decenas de miles de árboles arrancados, vastas extensiones de terreno confiscadas; que continúan los asentamientos, y todo ello durante el desarrollo de un «proceso de paz»? ¿Acaso no podrían hablar como seres humanos, en lugar de imitadores de tercera categoría de Kissinger y Rabin? Incluso un portavoz habitualmente fiable como Ghassan Khatib

parece haber sido infectado por este virus. Desde luego, es preciso responder a las preguntas sobre treguas, acuerdos y demás; sin embargo, ¿se halla esta gente tan alejada del horror diario de la vida de los palestinos que no pueden ni siquiera mencionarlo? La respuesta a las preguntas acerca del Informe Mitchell o la visita de Powell han de poner de manifiesto la cuestión principal: mientras se prolongue la ocupación militar de Palestina por parte de Israel, nunca habrá paz. La mayor parte de la violencia –tanques, aviones, misiles, puestos de control, asentamientos, soldados– proviene abrumadoramente del lado israelí.

El abandono de Arafat

Mientras el dogal se ajusta en torno a los palestinos, Arafat aún sigue esperando que los estadounidenses acudan a rescatarle, a él y a su desmoronado régimen. Ahora más que nunca, Arafat y su camarilla continúan suplicando por la protección estadounidense. El pueblo palestino se merece algo mejor. Tenemos que decir claramente que con Arafat y compañía al frente no hay esperanza. ¿Que clase de dirigente es éste, que ha empleado todo el pasado año de aquí para allá de manera grotesca, yendo a parar a sitios como El Vaticano o Lagos, entre otros lugares diversos, implorando sin dignidad e incluso sin inteligencia para lograr observadores imaginarios, ayuda árabe y apoyo internacional, en lugar de permanecer junto a su pueblo, y tratar de asistirles con suministros médicos, organización práctica y auténtico liderazgo? Lo que precisan los palestinos es de dirigentes que realmente estén con el pueblo y sean parte del mismo, que estén realmente resistiendo sobre el terreno, y no orondos burócratas mascadores de tabaco empeñados en preservar sus acuerdos comerciales y renovar sus pases VIP, y carentes de todo trazo de decencia y credibilidad.

Arafat está acabado. ¿Por qué no admitimos que él no puede ni dirigir, ni planificar, ni dar un sólo paso que cambie la situación de alguien que no sea él mismo y sus camarillas de Oslo, que se han beneficiado materialmente de la miseria del pueblo? Todos los sondeos demuestran que su presencia bloquea cualquier movimiento de avance que pudiera darse. Necesitamos una dirección unida capaz de pensar, planificar y tomar decisiones, en lugar de arrastrarse ante el Papa o George Bush mientras los israelíes matan a su pueblo con impunidad. Los auténticos dirigentes de un movimiento de resistencia responden a las necesidades populares, piensan las realidades sobre el terreno, y se exponen a los mismos peligros y dificultades que el resto. La lucha por la liberación de la ocupación israelí es el envite donde se sitúa cualquier palestino digno de serlo. Oslo no puede ser recalentado o resucitado como le gustaría a Arafat y compañía. Lo que hace falta ahora son acciones de masas diseñadas para presionar con la resistencia y la liberación, en lugar de generar confusión entre la gente hablando de una vuelta a Oslo –¿quién puede creerse el disparate que representa dicha idea?– o al estúpido Plan Mitchell.

¿Y qué decir de Israel, bloqueado en una campaña sin futuro, y debatiéndose sin piedad? Tal y como dijo el poeta y crítico irlandés, James Cousins, en 1925: cualquier potencia colonial se agarrará a «preocupaciones falsas y egoístas que se interponen en el camino de su atención al desarrollo de su propio genio nacional, y empujada fuera del camino de la abierta rectitud se desplazará, en la defensa artificial de una posición falsa, hacia las tortuosas vías del pensamiento, el discurso y la acción deshonestas». Todos los colonizadores han transitado esta vía, no aprendiendo nada, no deteniéndose ante nada, hasta que finalmente –tal y como sucedió cuando Israel acabó precipitadamente con su ocupación de veintidós años del sur del Líbano– abandonan el territorio, dejando tras de sí a un pueblo exhausto y devastado. Si la empresa sionista estaba abocada a cumplir con las aspiraciones judías, ¿por qué precisaba de tantas nuevas víctimas pertenecientes a un pueblo que en cualquier caso no tiene nada que ver con el exilio y la persecución judía?

Tras las fanfarronadas y el salvajismo del gobierno de Sharon, se vislumbra que la autoconfianza de Israel ha ido disminuyendo. Los auténticos creyentes del sionismo en su sentido original parecen ser cada vez menos. Un observador israelí autorizado ha resumido del siguiente modo el escenario actual: «el sionismo se ha convertido en poco más que una cuestión de aparatos y consignas del politikeo... ¿qué representa el sionismo hoy en día? Un conjunto de curiosidades ideológicas en las que nadie, de derechas, de izquierdas o de centro, laico, tradicionalista o integrista, puede encontrar nada para justificar sus pasiones actuales. Israel ha entrado simple y llanamente en una era postsionista¹. Naturalmente, esto no significa que una iluminación repentina haya descendido sobre la opinión pública israelí. La modificación lenta de la fe sionista en su forma original, esto es, como un genuino nacionalismo salvacionista, a menudo ha dejado tras de sí algo aún peor, un racismo infraideológico, repleto de hostilidad y prevención con respecto a los árabes. Sin embargo, este sumidero de prejuicios, reunidos bajo el bagaje de vacías doctrinas oficiales en decadencia resulta mucho menos fácil de pregonar por todo el mundo que la afirmación de la misión encarnada en la existencia de Israel incluida en el mensaje sionista original. Aquellos que piensan que la posición internacional de Israel es tan sólida como lo ha sido siempre, tal y como ha argumentado Perry Anderson en esta publicación, están absolutamente equivocados². A pesar de lo inexorablemente parciales que puedan ser los editoriales o las páginas de opinión de la prensa dominante estadounidense –o, en un grado algo menor, de la europea–, por no hablar de los noticiarios, los días en los que la legitimidad del derecho de los palestinos a la soberanía nacional podía ser completamente ignorada han pasado. Muchas personas europeas y estadounidenses ya han dejado

¹ Elie BARNAVI, «Sionismes», en Elie Barnavi y Saul Friedlander, *Les Juifs et le XXe siècle*, París, 2000, pp. 229-230.

² Perry ANDERSON, «Precipitarse hacia Belén», NLR 10, septiembre-octubre de 2001.

de aceptar la idea de que Israel disfruta de un *status* moral especial que hace perdonables sus políticas de expropiación y asesinato. La fuerza de ocupación todavía cuenta con sus protectores imperiales en el exterior. Sin embargo, en el foro de la opinión mundial cada vez se encuentra más aislada, e Israel lo sabe.

Esto es lo que explica el recurso a expedientes desesperados por parte de sus amigos en Estados Unidos, al tiempo que se revuelven buscando un modo de librar a Israel del *impasse* en el que se sitúan sus intentos por acabar con la nueva Intifada. Edward Luttwak, del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales se regocijaba por «el despliegue de unos recursos militares únicos» por parte de Israel, que han permitido al Ejército decapitar a Mustafa Zibri en Ramala y asesinar a decenas de dirigentes palestinos a voluntad³. Graham Fuller, antiguo vicepresidente del Consejo de Inteligencia Nacional de la CIA, urgía a la construcción –literalmente– de un Muro de Berlín alrededor de los territorios ocupados para encarcelar a los palestinos, patrullado desde dentro por «fuerzas internacionales»⁴. Thomas Friedman, columnista estrella del *New York Times*, opinaba que «la única solución para Israel y Estados Unidos [*sic*] sería que la OTAN ocupara Cisjordania y Gaza e instaurara un Estado Palestino dirigido por la OTAN, *a la* Kosovo o *a la* Bosnia»⁵. Lo que todos estos esquemas brutales y sinsentido dejan traslucir es el miedo a que Israel esté perdiendo. Los espantosos acontecimientos del 11 de septiembre, sin embargo, reconfigurarán indudablemente la geografía política del mundo árabe y musulmán en modos nuevos, peligrosos e imprevistos para todos aquellos que se encuentran involucrados.

17 de septiembre de 2001

³ «Israel's Retaliation is no Target», *Los Angeles Times*, 30 de agosto de 2001.

⁴ «Build a Berlin Wall in the Middle East», *Los Angeles Times*, 14 de agosto de 2001.

⁵ «A Way Out of the Middle East Impasse», *New York Times*, 24 de agosto de 2001.